

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

SABADO 22 DE SETIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. 00'05 pesetas line
En segunda y tercera. 00'10 id. id
En primera. 00'20 id. id
Administración: Saavedra Fajardo, 15

UNA LIMOSNA PARA LOS ASILOS DEL HAMBRE

UNA LIMOSNA Y UNA PROTESTA

¡Qué tristeza! ¡Qué desesperación!
Lentamente agonizan en medio de los
mayores sufrimientos 586 asilados.

No hay esperanza; la terrible agonía
de la necesidad es el término fatal, ne-
cesario, previsto, de una enfermedad
inexorable; el hambre.

186 pobres dementes, en el paroxismo
del dolor, solicitan la muerte como la
suprema gracia que pudieran ya aguar-
dar de la humana piedad.

150 huérfanos de padre y madre com-
pletamente encañijados de tanto pade-
cer, piden una mano bondadosa que les
lleve agua y pan con que endulzar los
primeros albos de una vida llena de
privaciones.

250 ancianos decrepitos desean la
muerte como el único desenlace que
puede poner término á tanta tortura que
sufren en el asilo del hambre.

¡Que drama más sombrío!

¡Que cosa más horrible! Agrupadas en
torno de un refectorio donde solo se veían
mesas empolvadas por el tiempo, sin una
miga de pan y un rancho que dar á tan-
to desgraciado, veíanse unas monjas que
aunque hijas de la caridad no podían
egregitarla. Y ante las fervientes invoca-
ciones del agonizante, ante las mudas
pero expresivas súplicas de aquella de-
solada familia contentabanse esos ánge-
les de la caridad, con mover lentamente
la cabeza con ademán de profundo abati-
miento y negación, diciéndoles:

¡No hay!

Inmóvil, cruzados los brazos, contri-
do el semblante, semejando á la estatua
de la impotencia, había más allá, no
muy lejos, un gobernador que, llamán-
dose cristiano, no sentía oprimirse su
corazón por el amargo sentimiento de
no haber previsto y remediado á tiempo
aquel cuadro desolador.

¡No matarás, nos dice el decálogo!

¡No matarás, nos dice la conciencia!

Y sin embargo consentimos que los
asilados mueran de hambre.

Por encima de las tapias de un edi-
ficio vetusto y sombrío destacase la cruz,
y sobre el fondo azul de un cielo como el
nuestro, debe destacarse la caridad parti-
cular y socorriendo con una limosna,
hacer ver á todo el mundo que aun sen-
timos en nuestras mejillas el rubor de
la vergüenza y en nuestros corazones el
sentimiento nobilísimo de la caridad.

Averguenza y afligen los datos que
se dan respecto de lo que á diario ocurre
por falta de viveres en los asilos bené-
ficos; entristece y abate el ánimo el pen-
sar que la caridad oficial ha abandonado
por completo los deberes sagrados que
sobre ella pesan.

Hora es ya de que no perdamos el
tiempo vociferando contra los encarga-
dos de velar por tanto infeliz que lucha
con el hambre.

Importa también tener presente la ne-
cesidad de fustigar á nosotros mismos,
por que todos sin darnos cuenta contri-
buimos á ese horrible sacrificio del mar-
tirio no levantando la unánime protesta
contra los culpables de tal cuadro de
horror.

Audamos por el momento con nues-
tra limosna á salvar el tético espectáculo
que desde ayer viene desarrollándose
con siniestros caracteres en nuestros
asilos benéficos y después, en manifiesta-
ción pública vayamos todos á protestar
de la indolencia é incapacidad de nues-
tra primera autoridad civil, causa efí-
ciente de tanta desgracia.

Por que hay que levantar los espíritus
y alzarse para pedir justicia, para pedir
el cumplimiento de los sagrados deberes
incomplidos. Murcia tiene el deber de
protestar, con protesta rotunda y fuerte
que extremeza á esos personajes aguar-

darropados en las doradas estancias sin
cumplir lo que es de obligación que
cumplan, teniendo bajo su poder á tanto
infeliz hambriento y desarraigado ¡sin
darles pan siquiera!

La Murcia honrada, la Murcia carita-
tiva y noble, protesta en contra de los
que pudiendo, no resuelven el conflicto
del hambre. ¿Qué harán esos señores?

¿Qué harán? «Hoy como ayer, mañana
como hoy»...

Y tal monótono proceder, siempre lo
mismo, sin esperanzas de mejores días,
impone una reacción en el espíritu pú-
blico, impone una protesta que repercu-
ta «arriba», á ver si entonces, el hambre
que de continuo diezma en los asilos
oficiales de Murcia, huye.

Si no se hace así, ¡pobrecitos asila-
dos!

Y mientras, no faltarán oraciones y
demás actos cristianos por parte de esos
señores de guardarrropia, ocultos en sus
doradas estancias.

Una limosna, por caridad, pedimos
hoy para el hambre; un acto de energía
pedimos para mañana, en favor de los
desvalidos.

DE MADRID Á MURCIA

El agorero

Como el legendario agorero, el presi-
dente del Consejo que es blando al co-
mentario, ha dejado volar la sin hueso,
adjudicándose la permanencia en el po-
der hasta el año 1902.

No se puede tomar en serio este an-
gustio del Sr. Silveira por que será ridícu-
lo. Ridículo, por que aun cuando hay una
opinión floca, debil y afeminada, aun
queda poder en España para no consen-
tir que se le infiera tal ofensa.

Todos los políticos ofrecen hablar cla-
ro ante el Parlamento.

¡Dios quiera no lleguen tarde!

Porque los trabajos que en secreto se
realizan son muchos y de importancia,
según rumores.

La presidencia del Congreso

Sigue siendo tema de preocupación
para no pocos ministeriales, el de averi-
guar quién ha de ser presidente del Con-
greso cuando se reanuden las tareas pa-
lamentarias.

Háblase entre los más conspicuos mi-
nisteriales de la correspondencia que el
jefe del Gobierno viene manteniendo
estos días con los Sres. Pidal y Villa-
verde.

Cuentan aquéllos que el exministro de
Hacienda apremia mucho pidiendo el
cumplimiento de promesas que se le tienen
hechas.

Presumen que el Sr. Villaverde ha de
venir muy pronto á Madrid para tratar
del asunto con el Sr. Silveira.

Pero á pesar de todo eso, consideran
que el pleito está ya fallado en favor del
Sr. Pidal.

Silveira y Allende

Ayer tarde estuvo en el Ministerio de
Hacienda el presidente del Consejo.

Ayer noche estuvo en el Ministerio de
la Gobernación el ministro de Hacienda.

Tantas idas y venidas son para tratar
de los proyectos extraordinarios que en
los diversos ramos de Hacienda ha de
presentar el gobierno á las Cortes.

Propónese el gobierno presentarlos
en cuanto se abra el Parlamento.

Redención á metálico

Se ha dictado una disposición del mi-
nisterio de la Guerra concediendo un
plazo hasta fines de Octubre próximo,
para la redención á metálico de los re-
clutas procedentes de revisión que han
de ingresar en filas.

Comisión de padres de hachil- leros

La Comisión que ayer visitó al señor
Ministro de Instrucción pública, no pu-
do recabar ninguna concesión, respecto

á los derechos de ingreso en facultad
sin examen. El Sr. Ministro sostuvo el
criterio de que puede reformar por de-
creto lo que es ley por Cortes, enormi-
dad jurídica cuyo alcance á todos debe
ser conocido.

Lo único que prometió fué benevolencia
para los que se presenten este año,
atendiendo al poco tiempo que han tenido
para prepararse. Asimismo, que los sus-
pendidos ahora puedan volver á exami-
narse en el próximo Abril, y que se am-
plia hasta el 30 del corriente el tiempo
para solicitar examen de ingreso, para
cuantos por justa causa no lo hayan po-
dido hacer hasta hoy 20, en que termina-
ba el plazo.

20 Septiembre 1900.



Anna de Austria

Cuando apenas tenía trece años la hija
de Felipe II, de España, muchacha alegre,
vivaracha y coquetela, casáronla con
Luis XIII, melancólico, enfermizo y de-
licado, falto, por tanto, de las energías
varoniles que hubieran sido precisas
para sujetar y no contrariar á Anna de
Austria.

Aunque el matrimonio no se consumó
hasta mucho
tiempo des-
pués, tuvieron
los autores de
tal enlace la
mala ocurren-
cia de fingir
todas las cere-
monias del día
y de la noche
de bodas.

Tan encon-
trados caracte-
res no podían
producir la fe-
licidad en el matrimonio, y mientras
Luis XIII se reunía con sus amigos y
favoritos, entre ellos el famoso Luyes,
no acordándose para nada de su esposa,
esta solo pensaba en su marido al surgir
nuevas diferencias que los separaban
más, naciendo de tal conducta murmu-
raciones y habillitas que perjudicaban su
buen nombre.

De ella estuvo perdidamente enamo-
rado el Cardenal Richelieu, bien por ex-
pontáneo impulso ó por lograr la alian-
za de los protestantes con Gustavo Adol-
fo de Suecia contra la casa de Austria.
Estos supuestos ó reales amores llegaron
á andar en coplas, así como el Cardenal
llegó después á ser enemigo encarniza-
do de la Reina, hasta el extremo de acu-
sarla de estar complicada en la conjura-
ción de Chalais, logrando que el rey la
reprochara ante el Consejo su convi-
dencia con los extranjeros y sobre todo
con España.

Anna de Austria tuvo un hijo á los
veintitres años de matrimonio, y esto,
que debía poner término á las censuras
del pueblo, las encendió más sin favore-
cer nada á Luis XIII, á quien más tarde
había de suceder el nuevo vástago con
el nombre de Luis XIV.

Al morir el rey en 1643, un año des-
pués que el cardenal Richelieu, el Pa-
rlamento encomendó la regencia del tro-
no á Anna de Austria durante la minoría
de su hijo, poniendo ella su confianza pa-
ra la gobernación del reino en el carde-
nal Mazzarino, quien fué causa de la fa-
mosa guerra civil de Francia por sus
abusos y sus aumentos en la tributación
del pueblo.

Si esta situación pudo sostenerse al-
gun tiempo, se debió á las victorias del
general Condé, pero una vez rotas las

hostilidades tuvo la reina que huir de
París, corriendo muchos peligros, escar-
necida en las calles y vilipendiada, hasta
que conseguida la normalidad, Anna de
Austria cambió por completo de modo
de ser y su comportamiento fué tan dis-
tinto que se dedicó á obras piadosas,
hizo construir la iglesia de Val de Grace
y en ella murió de un cáncer en 20 de
Enero de 1666 á los sesenta y cuatro
años de edad.

Habia nacido en 22 de Septiembre
de 1602.

Hernando de Acevedo

La promesa

¿Ves esta llanura inmensa, aquellas
montañas á lo lejos, este río, estos árbo-
les, estas flores, estos rebaños?

—Sí—dijo Emma,—sí lo veo.

—Pues todo esto es mío y será tuyo si
me entregas en cambio tu corazón.

—Es poco lo que me ofreces.

—¿Poco?... ¡oh! yo te daré más, mucho
más... ¿Ves este magnífico palacio? pues
en él guardo tesoros inmensos, riquezas
fabulosas...

—Es poco—replicó Emma.

—¿Poco?... Si llego á poseerte un día,
seré tu esclavo; tus palabras serán órde-
nes; tus más pequeños deseos se verán
cumplidos al instante...

—Es poco aun—dijo por tercera vez.

—¿Qué deseas, pues?...

—¿Ves este cielo azul, de un azul más
puro y hermoso que el de mis ojos?

—Sí.

—Pues yo deseo este cielo.

—Pero Emma, esto es imposible.

—Pues imposible es también que seas
el dueño de mi corazón.

—¡Oh! no, yo quiero que seas mía. Pi-
de otra cosa, haré lo que desees con tal
de verte satisfecho, lo que pides es una
locura, una quimera...

Emma no me escuchaba, huyó de mí
lado sin mirarme, fijó sus ojos en el cie-
lo que tanto ambicionaba y sin acordar-
se de mí.

¿Cómo satisfacer aquel capricho de mi
amada?

Era rico, inmensamente rico, pero de
nada me servía el dinero en aquella ocu-
sión. Mi única ambición se cifraba en po-
seer el amor de aquella mujer, pero
aquella mujer á cambio de su corazón me
pedía un imposible.

Estaba entregado á reflexiones bien po-
co lisonjeras, cuando apareció ante mí
una mujer hermosísima. Era rubia más
que el oro, su tez blanca como la nieve,
sus ojos azules me recordaron los de
mi amada.

—No desesperes—me dijo,—yo puedo
satisfacer el capricho de Emma.

—¿Tú?

—Sí, yo soy el hada del amor. Toma es-
tas alas, con ellas podrá volar hasta el
cielo.

Y el hada desapareció.

Emma estuvo muy contenta cuando le
di las alas, y se las puso en seguida y
partió.

Estaba intranquilo, desesperado, quan-
do vino á visitarme el hada de la otra
vez.

—¿Estás triste?—me preguntó.

—Sí, Emma no ha vuelto.

—Ni volverá.

—¿Por qué?

—Ha encontrado tan hermoso el cielo
que no piensa en volver.

—¿Pero ella me prometió su corazón!.

—¡Oh, amigo mío, la mujer promete
muchas veces lo que nunca podrá cum-
plir!

—Pero Emma...

—Emma es cual todas: no tiene cora-
zón.

Francisco de A. Soler.

UN VIAJE POR LAS INDIAS

I

Calcuta posee, como San Petersburgo,
en un pantano sobre la margen izquier-
da del Hongli, uno de los brazos del
Ganges, que forma un puerto capaz de
dar abrigo á buques de quinientas tone-
ladas. El barrio musulmán, llamado *ciudad negra*, no presenta sino chozas de
bambú, cubiertas de hojas; pero la parte
europea, construida admirablemente,
parece una ciudad de palacios. En 1717
Calcuta no era más que un pueblecillo;
pero hoy es la metrópoli de la India
Inglesa y una ciudad de más de seis-
cientas mil almas, donde se han hecho,
aun por los mismos asiáticos, fortunas
tan considerables como las de Rothschild
y Baring. Ni podía ser de otro modo.
Calcuta es un centro mercantil de Euro-
pa, Asia y Oceanía, donde se acumulan
la cabra de almezo y el ruibarbo, que
los montañeses del Tibet han cambiado
en Patna por hierro, telas y paños de
Europa; de donde parten para Agra y
Dahli el opio, el azúcar, la seda y las mu-
selinas; donde se embarcan el arroz y
otras mercancías estimadas; de donde
parten para Asham cargamentos de sal,
que vuelven convertidos en oro, plata,
marfil, seda y otros objetos, debiéndose
observar respecto de la seda, que en
Asham la produce el gusano, sin necesi-
dad de los cuidados del hombre, el cual
no tiene más trabajo que recogerla. Tan-
tas riquezas, á las cuales agrega aun
Bengala mil productos, recogidos en las
costas de Malabar y de Coromandel, en
China, en el golfo Pérsico ó en el mar
Rojo, se pagan en especias, agua de rosa
y oro, que la Europa compra al precio
de toda su industria.

Prevaliéndose de la licencia que nos
abrogamos nosotros mismos al escribir
estos viajes, vamos, si place al lector, á
dar un paseo por las cercanías de Calcuta,
dirigiéndonos á las orillas del Ganges.

«¡Qué cuadro tan animado y pintores-
co, dice el autor de las «Cartas», se pre-
senta á la vista en aquel llano, que se
extiende á muchas millas! en una parte
se descubre una multitud de indios ba-
ñándose; no ha muchos días vi á un po-
bre leproso, flaco como un esqueleto y
estenuado por la enfermedad, tendido
sobre la arena, y sentado á su lado otro
individuo que le observaba tristemente.

No lejos de ellos un *braman* de cierta
edad y severo aspecto, sentado sobre un
mullido alfombrado de hojas de árbol,
se miraba en un espejo, después de ha-
berse pintado el rostro, espalda y pecho
con el mayor esmero y prolijidad. En
otra entrada, aunque de mayor exten-
sión, cubierta con ramaje y esteras de
juncos sostenidas con estacas, formando
como un parasol, se hallaba reunida
una completa sociedad de *bramanes* y
uno de ellos en extremo grueso, se ha-
cía lavar por los otros; no lejos de
aquel sitio, algunos fakires embadur-
nados con greda, desordenada la bar-
ba y cabello, apesar de estar tren-
zados: algunos de ellos, si lo tienen muy
crespo, lo rodean á la cabeza á guisa de
voluminoso turbante, echándole polvos
blancos ó encarnados. Un infeliz anciano
se había hecho conducir para probar si
el fresco ambiente del aire libre le con-
fortaba: su extenuado cuerpo y empa-
ñados ojos manifestaban su próxima
muerte. Lleno de robustez y de vida sa-
lía del baño un bello joven, ostentando
su poblada y rica cabellera, que dejaba
secar al calor de los oblicuos rayos del
sol de Poniente. Por otro lado, algunos
indios conducían un muerto á su última
morada, y una multitud de monstruosos
cuervos marinos, buitres y otras aves
de rapina se ceñían por el aire, descri-
biendo círculos alrededor de la huesa,

